



Los Sitios

Primer Sitio

Hemos visto en el capítulo anterior cómo, pese a que los franceses habían llegado delante de Zaragoza con ánimo de tomarla el 15 de junio de 1808, Palafox se había negado a formalizar la guerra sobre la resistencia de la ciudad que él y casi todos sus oficiales consideraban como inútil debido a las muchas carencias de fortificación. Así pues, no es de extrañar que hasta finales de junio, si se exceptúa el ataque general del 15 que más parece un ataque sin reflexión que pretendiese acabar las cosas con rapidez, el fuego de artillería el día 24 con algunas escaramuzas en Torrero y el nuevo ataque general por todas las puertas del día 28, con la pérdida para los aragoneses del puente de América, poca actividad combativa se observa. Más bien parece que ambos contendientes se estudian: los zaragozanos se dedican a completar las tareas de fortificación, sobre todo en las puertas que son los puntos más débiles, tarea que acaban hacia el día 24. El 17 los franceses envían un pliego de rendición que será contestado negativamente el día 20; a la vez intentarán pasar el Ebro por El Castellar inútilmente.

La situación de calma relativa varió bruscamente desde el día 30 de junio, haciéndose notar un cambio de estrategia: se habían montado varias baterías con las que se bombardeaba constantemente la ciudad. Esta novedad se debió a dos acontecimientos: por un lado la derrota de Palafox en Epila el día 23 y, por otra, el cambio del mando de las tropas francesas el 26 de junio con la llegada del general Verdier que era más antiguo que Lefebvre.

El bombardeo se combinaba con el asalto a las puertas y con los intentos de cruzar el Ebro para lograr cercar a la ciudad, pues es sabido que por aquel lado los aragoneses recibían constantemente refuerzos y suministros. Lo lograrán tras varios intentos fallidos el día 11 de julio, cuando con grandes pérdidas los franceses pasaron el Ebro enfrente de Juslibol, lo que causó gran alarma en el Arrabal. Una vez en la orilla izquierda los franceses iniciaron una serie de correrías por los pueblos próximos (el 16 de julio a Villamayor, el 17 hacia Leciñena, el 18 corrían por Pastriz, el 19, se internaban hacia el Lugarico de Cerdán, Pastriz y La Puebla de Alfindén), pudiendo ya desde entonces cañonear la ciudad desde aquel lado del Ebro.

El resto del mes de julio se continuaron los bombardeos, alternándose con los ataques a las puertas de la ciudad en los que apenas habían podido avanzar. El 11 de julio se introdujeron en el convento de capuchinos y el 29 los franceses atacaban los molinos de las Almas y del Pilar, seguramente en un intento de acentuar el problema de abastecimiento que ya sufría Zaragoza.

El mes de agosto se inauguró con una vuelta de tuerca: el día 1 los franceses cambiaron la estrategia de atacar las puertas por la de atacar el fuerte de San José que cayó tras breve resistencia. Desde entonces lo utilizarán para hostigar desde allí a los defensores. El día 2 tomaron el convento de capuchinos colocando allí una batería que, junto a la de Torrero y otras más cercanas a la ciudad, sería utilizada para bombardear desde las 4 de la mañana del día 3 edificios emblemáticos como el convento de San Francisco y el Hospital de Gracia: la guerra había llegado al corazón de la ciudad.

El día 4 de agosto, el bombardeo se fijó en una zona que parecía extremadamente débil: la puerta de Santa Engracia. Tras un ataque general por la mañana, que había inutilizado los conventos de Altabás, Jerusalén y Santa Catalina, se abrió una brecha en el Jardín Botánico; desde allí, por el callizo de Santa Catalina, se introdujeron las tropas francesas hasta el Hospital de Gracia. Entraron también este día los franceses por la torre del Pino y la plaza del Carmen; mientras algunos zaragozanos resistían en la calle del Carmen y en la Magdalena, gran parte de la población abandonaba la ciudad trasladándose al Arrabal.

Palafox, sus hermanos, el Intendente y muchos oficiales abandonaron la ciudad por segunda vez en medio de la batalla, dejando el mando al coronel Antonio de Torres. Este reunió un consejo de guerra en el que se decidió por unanimidad continuar defendiendo los barrios de la ciudad que se habían conservado.

En días sucesivos el bombardeo se convirtió en una constante. Seguramente conocedores los franceses de la ausencia de Palafox y del impacto psicológico que podía suponer para la población, pidieron la rendición de Zaragoza el día 5 de agosto que, como sabemos, fue rechazada. En los días sucesivos sin embargo el desánimo cundió en la población zaragozana que procuraba salir por el Arrabal incluso hacia Huesca.

El 8 de agosto muy de mañana Palafox, con el Intendente y otros jefes volvía a entrar en Zaragoza, pese a la oposición francesa, con el 2º batallón de Voluntarios de Aragón que había llegado



desde Palma de Mallorca por Cataluña y un considerable convoy con artillería, víveres y municiones. No obstante los bombardeos franceses siguieron los días siguientes con la misma intensidad.

La victoria de Bailén sobre los franceses fue providencial para el asedio de Zaragoza: a media noche del 13 de agosto, tras volar el convento de Santa Engracia, desaparecían precipitadamente los franceses de la ciudad y sus alrededores.

Del primero al segundo Sitio

Una vez levantado el asedio de la capital, el 14 de agosto, las operaciones militares subsiguientes hasta el mes de noviembre, sin entrar en el detalle, parecen una sucesión de despropósitos, que culminarán con la derrota en Tudela el 23 de noviembre.

La misma noche del 14 de agosto salía de Zaragoza un contingente de 4.000 hombres (de Voluntarios de Zaragoza y Huesca) al mando del marqués de Lazán con intención de perseguir a los franceses en su huida y cortarles el paso por Navarra. La división valenciana entre tanto había pasado por Daroca y Paniza yendo a caer sobre Cariñena el 14 de agosto, mientras que Warsage llegaba ese mismo día también con 3.000 hombres a la venta de La Muela. Palafox ordenó a los valencianos y a Warsage que salieran también tras los franceses constituyéndose en una división combinada cuyo mando dió al conde de Montijo. Después, mientras las tropas valencianas y las de Lazán perseguían a los franceses hasta Tudela, que quedó libre el 20 de agosto, otros siguieron a una columna francesa de unos 700 a 800 hombres que se había presentado en Sos el 13 de agosto y que tras ocho horas de ataque habían sido rechazada por los paisanos armados, unidos a las compañías de Navarra mandadas por Andrés Egoaguirre.

Los enfrentamientos entre los diversos jefes de los ejércitos españoles hizo peligrar a menudo en estos meses la inicial ventaja de los ejércitos combinados españoles. Así, Palafox se quejará continuamente a la Junta de Valencia de que el general Pedro González de Llamas desobedecía sus planes; por ejemplo, hizo caso omiso de sus órdenes de desplegarse con sus tropas y las de Murcia al mando de Luis de Villava a Sigüenza y Jadraque, con objeto de acudir en ayuda de Madrid o Zaragoza si la ocasión lo requiriese. Por otra parte, un mes más tarde, el 24 de septiembre, González de Llamas no acudía a la cita con Palafox en Pedrola para tratar de las operaciones.

El conde de Montijo y Saint-Marq tuvieron desavenencias también a primeros de septiembre por la cuestión del mando de las tropas, solucionando la crisis Palafox con el envío de Montijo el 6 de septiembre comisionado a Madrid y asumiendo él mismo el mando de las tropas; a Saint-Marq le dió el mando de la división valenciana. Incluso O'Neill llegó a solicitar como mariscal de campo más antiguo el mando de toda la división, pero la Junta de Valencia le contestó que tenía la confianza depositada en Saint-Marq.

Con estos desencuentros, que indudablemente afectaban a la capacidad operativa del ejército español, los franceses se iban moviendo por Navarra, acantonándose en sus campamentos de Milagro y Caparroso en la segunda semana de septiembre. Palafox, al saber el 15 de este mes que había llegado el general Llamas a Agreda, debió pensar que era el momento de moverse y dispuso que saliera una división de 6 a 7.000 hombres al mando de O'Neill a ocupar los puntos de la derecha del ejército; a Saint-Marq le ordenó que estuviese preparado para marchar por la izquierda y pueblos de Plasencia, Magallón y Mallén, con el propósito de unirse al general Llamas en el preciso momento de pasar, cuando lo considerase oportuno, el puente de Tudela y hacerse dueños del punto de Caparroso. Palafox pensaba salir de Zaragoza con otra división de 7 a 8.000 hombres para ocupar el centro del ejército. Pero no funcionó y el 19 de septiembre, en carta a la Junta de Valencia, Palafox se lamentaba de que no se hubiese acelerado la reunión de fuerzas en Navarra, sintiendo la inacción que tenían los ejércitos que habían entrado en Madrid cuando decía: "y se ostentaban victoriosos cuando aun había enemigos que vencer".

Entre tanto el ejército francés había recibido considerables refuerzos y decidió ponerse en movimiento, derrotando primero al ejército de Blake en Espinosa de los Monteros para librarse de la izquierda del ejército español; una vez dispersa podía atacar con más tranquilidad a las tropas de los ejércitos españoles del Centro y de Reserva desplegadas por la derecha del Ebro. Una vez más, la junta de generales celebrada el día 22 de noviembre y a la que asistieron Castaños, Palafox, el marqués de Coupigni y el coronel inglés Graham, no llegó a un acuerdo sobre las operaciones a realizar. El enfrentamiento del día 23, conocido por batalla de Tudela, fue desastroso para los españoles acabando, como la de junio, con su dispersión.



Los hermanos Palafox, y sobre todo Francisco, achacarían esta derrota a Javier Castaños, origen de discrepancias que iban a acompañar a todos durante su vida. La consecuencia más inmediata de la derrota española en Tudela fue el segundo asedio de la ciudad de Zaragoza, en donde se habían refugiado las divisiones de Saint-Marq y O'Neill, así como una parte de las de Roca y Villariego; el resto marchó con Castaños hacia Calatayud.

Como en el primer Sitio, los franceses se tomaron su tiempo y no persiguieron a los españoles en su huida. Así, el 30 de noviembre de 1808 llegaban en avanzada a Casablanca, retirándose posteriormente hasta Alagón. El 20 de diciembre regresaban los franceses ante Zaragoza comenzando, ahora sí, el segundo Sitio de la ciudad.

Segundo Sitio

Entre tanto, los zaragozanos, bajo la dirección de Sangenis que estaba ayudado por jóvenes que habían estudiado matemáticas en la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, se habían entregado a un plan de fortificación de la ciudad ante la eventualidad de que volviera a ser atacada. Por otro lado, el 29 de octubre de 1808, Palafox había ordenado de nuevo el alistamiento.

A partir del 21 de diciembre, pues, comenzaba el segundo asedio que, desde el punto de vista militar, se caracterizó por, en primer lugar, no tomar parte los paisanos en la defensa de una forma tan enérgica y activa como en el primer Sitio, debido a la mucha tropa que había en la plaza; por otro lado, los franceses habían aprendido de la experiencia de los meses anteriores y plantearon desde el primer día un asedio mucho más riguroso, basado en el cercado total de la ciudad a base de trincheras (*aproches*). Veamos pues las distintas fases del cerco.

La primera fase consistió en eliminar las defensas exteriores de la ciudad; para ello el tercer cuerpo de ejército francés se ocupó de la margen derecha del Ebro, mientras el Vº hizo lo mismo con la izquierda. Se construyeron dos baterías para batir el reducto de Buenavista y el 21 de noviembre, en un asalto de infantería, cayeron los puestos avanzados españoles de Buenavista, el barranco de la Muerte y el monte de Torrero, aunque fracasó el ataque contra el Arrabal.

La segunda fase consistía en el establecimiento de los puentes. El 22 de noviembre tendieron los franceses un puente provisional sobre el río a la altura de Juslibol para comunicar los dos cuerpos de ejército mientras que en las noches de los días 25 y 26 de diciembre tendían otros dos puentes sobre el Huerva, frente al huerto del convento de Santa Engracia.

La tercera fase era el inicio de los *aproches*. El 22 y 23 de noviembre los oficiales de ingenieros franceses completaron sus reconocimientos y sometieron a Moncey un plan que contemplaba tres ataques:

- por la derecha, contra la zona del convento de San José, envolviendo a éste al avanzar por la orilla del Ebro.
- por el centro contra la cabeza de puente española sobre el Huerva, hacia el reducto de El Pilar y el convento de Santa Engracia.
- por la izquierda, como maniobra de distracción, un amago de ataque al castillo de La Aljafería, aprovechando trincheras del primer sitio que los defensores no habían tenido tiempo de cegar.

Aprobado el plan, el 23 mismo el comandante Haxo inició la construcción de la primera paralela contra San José, mientras el capitán Prots hizo la misma operación sobre el camino que unía Torrero con el puente de Santa Engracia, para atacar el reducto de El Pilar.

El 24 de noviembre, por la noche, Gazán atrincheró sus dos brigadas en el camino de Zuera para bloquear la plaza y oponerse a la salida de los sitiados. El cerco se había completado.

El mes de diciembre transcurrió de la misma forma: los zapadores franceses continuaron excavando y adelantando sus trincheras en zig-zag, mientras su artillería hacía sentir su superioridad. Esporádicas salidas, como la del 25 de diciembre cuando 4.000 hombres al mando del teniente general O'Neill salieron por la orilla izquierda llegando hasta cerca de Juslibol, aunque no completaron la acción, y continuos bombardeos y tiroteos no pudieron detener el progreso de los *aproches* franceses.

En la primera semana de enero se instalaron sobre la primera paralela 9 baterías.

El 2 de enero se inició la segunda paralela y el 13 de enero, apoyándose en San José, se iniciaron los trabajos de la tercera paralela, que corría por las orillas del Huerva, y se construyeron dos nuevas baterías, con vistas al asalto de la batería de El Pilar. El día 20 de enero, los generales Lacoste y Dedon reconocieron el terreno y determinaron los asentamientos adelantados de las nuevas baterías.



El 22 de enero llegó el Mariscal Jean Lannes, duque de Montebello, que tenía 39 años de edad, para hacerse cargo del mando conjunto de los cuerpos IIIº y Vº. Confirmó los planes de Junot.

El 25 de enero se cavó otra paralela a la orilla izquierda del Huerva y se hicieron reconocimientos ofensivos hasta el molino de aceite de Goicoechea.

La noche del 31 de enero se iniciaron los trabajos de aproche contra el Arrabal, trazándose la primera paralela a unos 600 metros del convento de Jesús, con un frente de 360 metros.

El 11 de febrero, la tercera paralela se extendió hasta el Ebro. Tras unos días de detención de los trabajos se completó en el Arrabal el 16 de febrero.

La defensa de los zaragozanos, aparte de la artillería, era, por un lado entorpecer los trabajos de los franceses con las salidas y, por otro, era importante cualquier hostigamiento desde el exterior. Y hubiera sido todavía mejor combinar ambas acciones. Si bien las salidas fueron un fracaso por diversas causas, sí que se organizaron algunas acciones desde el exterior.

A finales de 1808, según algunas fuentes el 26 de diciembre, se organizaba el llamado Cordón de Samper de Calanda, con el objetivo de hostigar Zaragoza y defender Alcañiz: 2.200 hombres del corregimiento de Alcañiz armados se desplegaban desde Vinaceite hasta La Zaida, al mando de Pedro Elola.

El general francés Wathier que estaba desde principios de enero acantonado en Fuentes de Ebro con 1.200 infantes y 600 caballos con el objeto, dice Léjeune, de procurarse víveres para el ejército sitiador, pidió hacia mediados del mes raciones al pueblo de La Zaida. Como le fueron negadas, atacó inmediatamente el lugar el 18 de enero. El punto estaba cubierto con la compañía de Híjar, 60 hombres al mando de Nicolás Miguel, que se batieron en retirada casi sin combatir. Pasó Wathier a La Puebla de Híjar donde se habían retirado los que guarnecían Vinaceite y tanto allí como en el río Martín, aguantaron el fuego al mando de Elola durante los días 18 y 19, teniéndose que retirar posteriormente hacia Alcañiz. Hasta el día 26 estuvieron en esta ciudad preparando la defensa con apertura de zanjas y otros medios, y este mismo día fueron atacados por 4.000 infantes y 1.200 caballos, con 4 cañones de 8 y dos obuses. Aunque el fuego duró toda la noche, finalmente tuvieron que ceder al asalto francés que, se dice, entraron en la ciudad guiados por el mesonero de Samper, hijo de francés. Los bajoaragoneses se defendieron por las calles pero no pudieron impedir la toma de la ciudad ni el acuchillamiento de unos 600 hombres.

Además del Cordón de Samper hubo otros intentos de desviar la atención de los franceses del asedio de Zaragoza mediante procedimientos que iban desde ataques a los centros logísticos hasta enfrentamientos militares con fuerzas del ejército de Aragón. De este modo, las fuentes francesas reconocen el constante hostigamiento de sus hospitales y almacenes, así como la carretera de Pamplona por donde llegaban los suministros de artillería por parte de partidas armadas de aldeanos de Soria.

Entre el 18 y 23 de enero, por la parte de las Cinco Villas, el marqués de Lazán y Francisco Palafox, que tenían un número considerable de gente, entre ellos algunas tropas de línea, hicieron algunas expediciones de hostigamiento a los franceses; incluso llegaron a casi rodear la división de Gazán que se desplegaba en las inmediaciones del Arrabal. Por la derecha del Ebro, en Epila, La Muela y otros, se levantaron también partidas que amenazaban con interceptar las comunicaciones con Tudela, ciudad estratégica para mantener relaciones con Pamplona, como plaza de depósito y con la navegación del Canal. Sólo contaban los franceses con 800 hombres a las órdenes del general Pujet, divididos entre Caparros y Tafalla para proteger los convoyes de artillería que discurrían por el camino de Pamplona.

El 22 de enero llegaba el mariscal Lannes a tomar el mando de los IIIº y Vº cuerpos de ejército y estableció su cuartel general en Casablanca. Antes de llegar mandó a Mortier que regresase a Calatayud, pasando con la división de Suchet a ocupar la izquierda del Ebro y dirigirse contra las tropas de Francisco Palafox. Al llegar a Perdiguera, encontraron la vanguardia del ejército español que se replegaba hacia el santuario de la Virgen de Magallón y Leciñena. Cuando atacó Mortier apenas sostuvieron el fuego y se dispersaron. Los franceses saquearon e incendiaron el santuario y el lugar de Leciñena. Al mismo tiempo, el ayudante comandante Gastier, jefe del E.M. del IIIº Cuerpo marchó con un batallón y 50 caballos también hacia Perdiguera, combinando por el otro lado con el ayudante comandante Delage que mandaba el 10 de artillería, con 3 piezas de artillería. Atacaron y dispersaron a 2.500 españoles. Volvieron con sus víveres y tropa al campo por Zuera. Léjeune dice que estas salidas debilitaban sus posiciones en Zaragoza, “pero se pudo ocultar esta circunstancia a los sitiados y Palafox no pudo aprovechar momentos tan favorables”.

Otro intento fue, como había ocurrido también en el primer Sitio, el protagonizado por Felipe Perena. El 6 de enero de 1809 estaba en Huesca y se había entrevistado con el P. Teobaldo y con Juan Pedrosa; también había estado reuniendo gente aunque el resultado era escaso por falta de armas. Sus



"Ayer, hoy y siempre
a Zaragoza la defiende
su gente"

oficios al gobernador de Jaca pidiéndole armas y hombres no habían obtenido respuesta. Sus planes inmediatos eran reunirse con los mencionados P. Teobaldo y Pedrosa y atacar por Villamayor a los franceses, lo que requería que, al mismo tiempo saliera de Zaragoza una respetable fuerza de caballería, pues por las alturas de San Gregorio, como decía Palafox, era imposible estando de por medio el Gállego. El P. Teobaldo quedó encargado de avisar a Palafox el día y la hora del ataque. En nueva carta a Palafox le reitera su disposición y la de sus tropas a sacrificarse, pero le advierte que no cuenta con más de 150 armas; se queja del gobernador de Jaca que entretiene su tiempo en "formar Juntas que se han atrevido a motejar mis operaciones". El 13 de enero nueva carta de Perena a Palafox en la que vuelve a quejarse del gobernador de Jaca que no le envió el batallón de Doyle. Esta carta se dedicaba a establecer el sistema de señales para el ataque que, tras un amago por Zuera, el ataque vigoroso se llevará por Villamayor, y siempre al amanecer. El resto de los secretos se confían al portador de la carta.

Respecto a cómo se veía desde la Junta Central la situación de Zaragoza, sabemos por una carta de 4 de diciembre de 1808 desde Teruel que hay una gran inquietud en las gentes de estos pueblos por no haber auxiliado al ejército de Aragón otras tropas. Se criticaba en Aragón la pasividad en ayudar a Zaragoza.

El barón de Sabasona se dirigía a Martín de Garay en 10 de febrero de 1809 para decirle que estaba haciendo cuanto podía para el socorro de Zaragoza,

sin embargo de los tropiezos que el espíritu de Ciudad y de Provincia hace nacer, y que en esta se han fortificado por la poca correspondencia que ha encontrado a sus liberalidades y socorro en los generales de Aragón y del Centro, duque de Infantado.

El primero se ha negado constantemente a dejar salir de Zaragoza la división del general Saint-Marq ni la de Murcia y ha retenido la parte de la quinta del ejército del Centro que se está organizando e instruyendo y a la que le faltan fusiles. El duque del Infantado no ha contado con el reino sino para pedir.

Con fecha 28 de febrero, nueva carta del barón de Sabasona a Martín de Garay:

Bien convencido de la necesidad de evitar el espíritu de provincia, que nos conduciría a un federalismo monstruoso, me he visto en la precisión de adoptar cuantos medios me ha dictado mi celo para procurar los socorros que han sido posibles para Zaragoza y aun en enviarlos con carros para mayor diligencia: ponía obstáculos este capitán general que tuve que remover con mi autoridad; él era el primero que producía las especies de lo que había hecho este Reyno, dando por perdido cuanto salía de él; el, el que ni un hombre quería que pasase el Ebro y por fin así en este caso como en otros puntos el quien pone los mayores obstáculos, cubriéndose a su parecer así con el Pueblo, a quien teme extremadamente pues siempre ve sobre su garganta los cuchillos que le amenazaban por su indiferencia con la buena causa, a los principios que se promovió...

Los socorros que finalmente se habían puesto en marcha, aunque a todas luces tarde ya, eran: el 3er. Bón. del 2º de infantería de Saboya (650 hombres), los suizos del de Fralser (900 hombres), y 90 caballos de Numancia, todos estos incorporados a la división de Lazán. Además, los 320 suizos reunidos en Cartagena, artilleros de brigada (150), una partida de Tiradores de Murcia (84); por la parte de Morella, dos batallones de América (1.500 hombres).

El fracaso de la ayuda a Zaragoza queda reflejado en el escrito de Calvo de Rozas desde Sevilla y con fecha 5 de marzo de 1809:

ha tocado luego el desengaño de que cada Provincia y cada general consultando las primeras su defensa particular y aislada y los segundos ansiosos de una gloria que solo puede adquirirse con continuos sacrificios han entorpecido estos socorros...

Perdida ya la esperanza para Zaragoza de una ayuda exterior, se pasó a la cuarta fase del asedio francés: el asalto, que se produjo el 27 de enero de 1809, tras una dura preparación artillera. Una vez dentro de la ciudad, comenzaba la quinta fase, que podemos denominarla la guerra de minas. 23 días duraron los combates dentro de la ciudad.



"Ayer, hoy y siempre
a Zaragoza la defiende
su gente"

Al amanecer del 28 de enero, los franceses ocupaban fuertes posiciones en la calle del Pabostre, la plaza de Santa Engracia y el convento de la Trinidad. El 30 comenzaron las voladuras de las casas en la calle de Sta. Engracia.

El 1 de febrero dieron comienzo vigorosos ataques en la extrema derecha del avance francés. Las minas abrieron brecha en el convento de San Agustín. En los días siguientes el convento de Jerusalén fue minado, contraminado y, finalmente, incendiado por su guarnición en retirada. Se desarrolló intensa actividad en las calles de Pabostre, Santa Engracia, Palomar y Quemada, acercándose lentamente los franceses al Coso, donde se asomaban el 7 de febrero en la zona del Hospital de Huérfanos y la plaza de la Magdalena. El último acto del avance por el centro fueron los cuatro días con sus noches que duraron los combates por el convento de San Francisco. Poco después caían el convento de San Diego y los palacios de Sástago y Fuentes.

Las calles de Alcober, Aljeceros y de las Arcadas fueron las bases de partida de las unidades polacas en su ataque a la Universidad el 12 de febrero. El 18 cayó el Arrabal, y una mina abrió los muros de la Universidad; también se produjeron avances franceses en el barrio de las Tenerías y las calles de Zurradores y Santa Catalina. Al amanecer del día 19 voló por los aires la iglesia de la Trinidad y se perdió la puerta del Sol.



"Ayer, hoy y siempre
a Zaragoza la defiende
su gente"

EL FINAL

El día 20 de febrero los zapadores del mayor Valazé daban los últimos toques a sus hornillos de minas bajo el Coso mientras una nueva galería se abría bajo el convento de Santa Catalina. Había llegado el momento de hablar de rendición. Este mismo día por la mañana, el general Saint-Marq fue encargado del mando. En la ciudad, al decir de Daudebard, había opiniones encontradas sobre la capitulación; el recuerdo del abandono de Palafox de la ciudad en el primer asedio, hizo que desde bastante tiempo atrás se vigilasen las barcas cañoneras pues el pueblo temía que se evadiesen de nuevo por el Ebro. Muchos militares y el nuevo gobernador parecían de la opinión de resistir aún, sin embargo muchos habitantes, los más influyentes y los más numerosos, así como la mayoría del ejército, pensaba que se debía capitular. Finalmente prevaleció la opinión de capitular, no sin antes haber abortado parte de los jefes (Marcó del Pont, comandante del Portillo, el comandante de la Misericordia y el de la Puerta de Sancho) el intento de otros de haberse apoderado de la artillería y municiones, forzando a la tropa que quedaba a seguir su desesperada resolución. El día 20 de febrero se firmaba por fin la capitulación, cuyo texto es el siguiente:

El Excmo. Sr. capitán general D. José Palafox con motivo de la indisposición de su salud se sirvió en 18 de este mes ceder el gobierno a una Junta Suprema compuesta de celosos individuos de varios cuerpos, y de todas clases. Y enterada ésta del lamentable estado de la plaza, de la proximidad de su entera pérdida, y de los estragos a que quedaban expuestas infinidad de personas inocentes de esta ciudad con sus bienes, resolvió con arreglo al uniforme dictamen de los jefes militares de los cuerpos facultativos, y de los dos mayores generales de infantería y caballería, procurar inmediatamente lograr y ha conseguido del señor mariscal duque de Montebello, general en jefe del ejército francés, con intervención de la ciudad, curas y lumineros de las parroquias, una capitulación, por la cual en nombre de S. M. el Emperador y rey Napoleón primero, y de S. M. C. el rey José Napoleón primero, concede perdón general a todos los habitantes de Zaragoza, bajo las condiciones siguientes:

1. La guarnición de Zaragoza saldrá mañana veinte y uno a mediodía de la ciudad con sus armas por la puerta del Portillo, y las dejará a cien pasos de dicha puerta.
2. Todos los oficiales y soldados de las tropas españolas harán juramento de fidelidad a S. M. Católica, el rey José Napoleón primero.
3. Todos los oficiales y soldados que habrán prestado el juramento de fidelidad, quedarán en libertad de entrar en el servicio, en defensa de S. M. C.
4. Los que de entre ellos no quisieran entrar en el servicio, irán prisioneros de guerra a Francia.
5. Todos los habitantes de Zaragoza y los extranjeros, si los hubiere, serán desarmados por los alcaldes, y las armas puestas en la puerta del Portillo el 21 al mediodía.
6. Las personas y las propiedades serán respetadas por las tropas del Emperador y rey.
7. La religión y sus ministros serán respetados y serán puestas centinelas en las puertas de los principales templos.
8. Las tropas francesas ocuparán mañana al mediodía todas las puertas de la ciudad, el castillo y el Coso.
9. Toda la artillería y las municiones de toda especie serán puestas en poder de las tropas de S. M. el Emperador y rey mañana al mediodía.
10. Todas las cajas militares y civiles (es decir, las tesorerías y cajas de regimiento) serán puestas a la disposición de S. M. C.



"Ayer, hoy y siempre
a Zaragoza la defiende
su gente"

11. Todas las administraciones civiles y toda especie de empleados harán juramento de fidelidad a S. M. C. La justicia se distribuirá del mismo modo y se hará a nombre de S. M. C. el rey Napoleón primero.

Cuartel General delante de Zaragoza a 20 de febrero de 1809,

La Junta de Gobierno ha acordado comunicar esta orden a todos los corregidores del Reino para que circulando las correspondientes a los pueblos de sus respectivos partidos queden enterados de dicha capitulación, y que en su virtud puedan concurrir a esta ciudad con víveres y cualesquiera efectos de comercio sin riesgo ni recelo de ser incomodados por las tropas francesas a quienes por el excelentísimo señor gobernador de la plaza el general Laval, se les prevendrá lo conveniente para que no les pongan el menor óbice.

Lo que participo a V. de acuerdo con la Junta de Gobierno para su inteligencia y su cumplimiento. Dios guarde a V. muchos años. Zaragoza 22 de febrero de 1809.

Por mandado de la junta

D. Miguel Dolz

Todo había acabado por el momento para Zaragoza. La imposible resistencia había dejado un montón de ruinas y cientos de cadáveres que ocupaban todos los rincones donde antaño deambuló la vida. La destrucción movía a la desesperación de unos y a la admiración de otros. La desesperación y la cólera se mostraba en los ojos de los vencidos, la piedad en la de los momentáneos vencedores como es el caso de Brandt: "He visto el gran reducto del río Moscova, uno de los más señalados horrores de la guerra. Pues bien, en lugar alguno sentí la misma emoción. La visión del tormento es más patética que la de la muerte".

La ciudad había capitulado pero la guerra continuaba.

Herminio Lafoz